

EL Pueblo

Diario republicano de Valencia

En Valencia, el mes... pesetas 1'25 Fuera, el trimestre... 4'60 Extranjero (Unión Postal), el trimestre... 8'60

Don Juan de Austria, 14 Teléfono 741

NÚMERO SUELTO 5 CÉNTIMOS

LOS MITINS DE AYER HABLA SORIANO.-¡DEJADME SER CANALLA ALGUNOS DIAS MAS!

Candidatura de Unión Republicana

Para diputados á Cortes

POR VALENCIA

D. Emilio Menéndez Pallarés.

D. Vicente Blasco Ibáñez.

POR SUBCA

D. Adolfo Gil y Morte.

HABLA SORIANO

¡DEJADME SER CANALLA ALGUNOS DIAS MAS!

Durante varios días ha estado publicando Soriano en su letrina una especie de pequeño manifiesto...

Oa quejais—los decia—del lenguaje de "El Radical". Tonéis razón. Ni mi educación ni mis instintos me permiten decir esas barbaridades...

Pero dadme una tregua. Tengo a la Unión Republicana bajo mis pies. Dejádme patearla y aplastarla.

Permitidme que injurie á unas cuantas madres y á unas cuantas esposas. Esto da muy buenos resultados, cuando se carece de otros argumentos.

Consentidme que llame ladrones á mis adversarios, aunque ningún robo hayan cometido. Si no los digo ladrones, ¿qué les he de decir?

Toleradme que les diga cornudos, aunque me conste que sus esposas son modelo de honradez. Esto debe causar dolor profundo á las familias de mis adversarios...

Dejad que diga yo que tengo pruebas de las inmundicias de los blasquistas, aunque no sólo carezco de tales pruebas, sino que sé que todo es mentira.

Dejad que diga que he abofeteado á Blasco, aunque yo sea incapaz de ponerme ante él. Si no entretengo y engaño á mi manada de imbéciles con esas invenciones, ¿qué voy á decir en "El Radical"?

En suma: desde que me erigi en jefe de partido ó partida, desde que lancé á los vientos el primer número de "El Radical" que no he hecho otra cosa que difamar, injuriar, calumniar, mentir, inventar, excitar al asesinato, insultar á madres y esposas, pasear mi cuadrilla de matones presidarios por toda Valencia...

Es verdad que mi enemigo el Partido de Unión Republicana es cada vez más fuerte, más entusiasta y más invencible; que mi campaña solo ha servido para arrastrarlo más, para unirle más, para hacerlo más numeroso...

Si dijese la verdad, si dijera que los enemigos que yo maté gozan de buena salud; si confesase que los adversarios á quienes llamé ladrones gozan de tanta ó mayor estimación general que antes; si declarase que no he sufrido más que una serie de derrotas y de puntapiés horribles; si reconociese hoy que lo único que he conseguido es que me defestan con asco todos los hombres honrados y todas las mujeres que estiman su honor y el de sus hijas; entonces ¿qué diría yo para recomendar mi candidatura?

Que en Valencia las posiciones de la prensa republicana están ya tomadas; que hay un diario republicano radicalísimo y revolucionario, aunque culto y decente, y otro diario republicano para representar lo que puede llamarse derecha del partido; eso ya lo sé yo. Pero tengo en cuenta que he de justificar la existencia de "El Radical", y no puedo confesar que éste solo me representa á mí y á las dos docenas de pillos que forman mi estado mayor.

No tengo ideas, no tengo programas, no tengo historia, no soy valenciano siquiera; no dispongo de razón alguna que explique el por qué he levantado aquí una bandera y el por qué soy jefe de una partida.

Si no digo, pues, que por lo que se refiere á Valencia, mi misión es perseguir á mis adversarios porque son ladrones, cornudos y malnacidos; y por lo que se refiere á España, mi misión es implantar yo la República, porque desde Salmerón abajo, todos son unos inmorales y unos pelafustanes, y solo yo soy honrado y capaz de tragarme á la monarquía; si no digo esto, ¿qué he de decir?

Asalté seguido de mis turbas en una noche de borrachera, y por sorpresa, la redacción de EL PUEBLO. Hice y dije mi brutalidades. Esto produjo chocas como el del camino de Benimaclet y la calle de la Paz. Era yo el cansante. ¿Pero había de confesarlo? No. Por eso dije que fueron complotos blasquistas para asesinarme.

Asesinatos me he inventado la mar. De algunos manera había yo de justificar la desvergüenza de rodearme á todas horas de una guardia de honor compuesta por ladrones y asesinos presidarios.

Porque algunos muchachos pasaron una noche unos atributos que me ridiculizaban, yo que tantas barbaridades había hecho y que tanto había injuriado á mis enemigos, asesinó en la calle del Pilar á un pobre joven.

Y claro es, tuve que decir que Blasco era el responsable; que habían sido enviados aquellos niños á asaltar mi redacción, y además acusé á Blasco de ser el responsable de la muerte de otros dos jóvenes á quienes en distintas épocas y con motivo de asonadas populares maté la guardia civil.

Yo de algún modo me había de defender. Y me defendí así: mintiendo, acusando á mi adversario y escarneciendo á las víctimas.

Para armar escándalo y vender números de "El Radical" hice una campaña horrible de calumnia y de difamación contra el Ayuntamiento. Vino un gobernador que traía la misión de deshacer á los republicanos. Tuvo éste un secretario perverso y repugnante. Y yo, naturalmente, como buen republicano, me alié con ellos. Juntos hicimos una inspección á las oficinas municipales. No encontramos ni asomo de inmoralidad. Un solo punto que parecía con visos de cargo fué sometido á los tribunales por los mismos interesados, independientemente de la inspección gubernativa, y sub iudice está, sin derecho por mi parte á hacer presea en él hasta que los tribunales fallen. La inspección fué un fracaso tremendo. Yo, proez y chillón, quise todavía alzar el gallo en el Congreso, y después de confesar allí torpemente, porque soy el prototipo de la incapacidad, que me había entendido con Capriles, recibí una paliza tan monumental del ministro y de Azcárate, que si me hubiera restado un átomo de vergüenza, no hubiese vuelto á entrar en el Parlamento.

¿Si? Pues en "El Radical"—(en el Congreso no me atrevo á levantar la frente ante Azcárate)—la emprendí contra Azcárate y le llené de insultos.

Me derrotaron ignominiosamente en las elecciones provinciales y municipales, y acusé de chanchulleros á mis vencedores y canté triunfo moral.

Con esto de los triunfos morales ó morrales hecos ido tirando. Fuí á Foyos con mi cuadrilla de bandidos. Quise imponerme á tiros contra las autoridades del pueblo. Estas, que no eran mancas, nos dieron una paliza y nos hicieron correr como liebres. Uno de mis picositos resultó herido. Los demás se libraron por la velocidad de sus piernas. Sabía yo bien, claro está, como que me los vi encima, quienes eran los agresores, si cabe llamar agresores á los que se defendían de mi provocación y de mi agresión.

Pero fui, ¿y qué hice? Acusar á los blasquistas. Ogi un chiquillo embustero, hijo de un camiserío perulario muy devoto mío, le inventé una declaración: un honrado obrero, inocente por completo, fué procesado como autor y metido en la cárcel; y mi "Radical" acusó además como inductores á comerciantes respetables y dignísimos, porque pertenecían al partido de la Unión.

Mi desgracia en este asunto es que un concejal sordo, tan bruto como malo, y que por

ser malo y bruto es, naturalmente, correliionario mío, protagonizó conmigo de aquellos sucesos, lo ha echado á perder días atrás, declarando la verdad en pleno Consistorio.

Pero, en fin, yo soy muy clínico. Me he tragado este contratiempo, y algo insultando y diciendo que no me contestan.

En el Ovalo del camino del Grao, una turba de centenares de correliionarios míos, de regreso de una de las jugadas que son la base de mi propaganda, asistió un convoy eléctrico, paró a cazar—¡oh, valor soriano!—al blasquista Manuel Talamantes, que nada había hecho contra mí, pero que era blasquista. Tirotearon el convoy, que iba lleno de pasajeros y de mujeres, arrastraron á Talamantes, le apalearon, le hicieron disparos, le dejaron cuando le creyeron muerto. De las lesiones que le causaron ha quedado deforme.

¿Qué hice yo? Pues burlarme de la víctima y, durante muchos días, llenarla de injurias en "El Radical". Y como soy tan ingenioso y tan chispeante, cuando el herido sufría en su lecho las consecuencias de mi brutalidad, yo hacía chistes á su costa y por apellidarse Talamantes, le llamaba Furiantantes. Soy graciosísimo ¿verdad? Pues de este corte son mis chistes en el Congreso: á uno le llamo "hijo de cabra". Y así convenzo á mi partido y al país de que soy el único capaz de traer la República.

Continuemos. Hace dos semanas, y creyendo yo que al mitin que daba Blasco en Almótera irían de Valencia treinta ó cuarenta personas—siempre me he de equivocarse en los cálculos—dispuse que mi cuadrilla de asaltadores los cazase al regreso. Era la única manera de acabar con ellos, el único modo de obtener un triunfo que no sea moral. Tengo, como todos sabéis, gente muy escogida. Como que Duaidé que está muy bien relacionado y, aunque me detesta, es por ahora muy amigo mío, me presta cuantos hombres de fuerza necesito. Pues bien: el "Barquillero", truhán, dueño de timba, por encargo mío hizo una recluta general—¡látima de tenal!—y allá fueron todos los matones. Apostados en el huerto de la taberna del "Ventrero", junto á la vía férrea, y en la carretera, esperaron. El tren y los tranvías que traían á los concurrentes al mitin fueron salvajemente tiroteados. Sólo que el tren venía atestado—¡yo no sé de dónde saca Blasco tanta gente!—y apenas se vieron contactados mis valientes, apalieron á una carrera que bien puede llamarse fuga atada.

En aquel perance mis filas tuvieron bajas sensibles. Me pesaron al "Clabuelo", querido amigo mío, bandido que tenía cuenta pendiente de algunos años de presidio que ahora tiene que saldar; me prendieron á algunos puntos más. He tenido que esconder á un ladrón conocido por el "Chato el Raimero" y á Salelles ¡Salelles de mi vida! Este tunante es el que envió yo al Parterre para asesinar á Adolfo Beltrán. Era uno de mis prohombres de confianza. Creedme que para mí el tenerlo escondido es un contratiempo de órdago.

Buenc: pues al día siguiente dije, con mi frescura de siempre, que los agresores habían sido los blasquistas, que desde el tren tirotearon á mis honrados amigos.

Y continúo impertérrito soltando quina. "¡Son unos ladrones! ¡Son unos cornudos! ¡Hay que exterminarlos!"

Ahora me he inventado otro crimen más: que en EL PUEBLO me robaron; que el padre de Blasco me debe 12.000 pesetas.

Trájanme ustedes. Yo vine á Valencia, tomando el viaje de republicano, para ser diputado. Y al propio tiempo, á ver si hacía negociate en EL PUEBLO. A plazos aporté 30.000 pesetas, y les saqué más jugo que á caña de azúcar. Y eso que, como introduje reformas, sacadas por mí de la cabeza, y resultaron otras tantas desatinos, por poco hago quebrar la casa.

Un día necesité viajar, ir á Suiza, por un trapicheo amoroso, y pedí las 30.000 pesetas. Me fueron devueltas 25.000 y las restantes más adelante.

Poco después ocurrió mi traición. Insulté en EL PUEBLO á Blasco Ibáñez y á su padre; me arrepetí, loré y mendugué después; me rebelé luego otra vez, y... todo lo demás que ha contado el diario blasquista.

Con la mayor insolencia pedí á Blasco onetas y dinero. Las onetas se me ajustaron, y ante personas designadas por una y otra parte, se me entregó una respetable suma (que no se me debía, ni mucho menos), y di carta de pago absoluta, completa y definitiva, dando por terminados todos mis derechos reales y soñados en EL PUEBLO.

Pero un día, repasando mis papeles encontré un recibo firmado por el entonces administrador de aquel periódico D. Gaspar Blasco, importante 12.000 pesetas y procedente de la época en que yo iba haciendo entregas de capital. El recibo estaba muy lacónico y vi posibilidad de sacar de nuevo las 12.000 pesetas, que me vendrían de perlas para pagar las trampas de "El Radical".

¿Que esto era una estafa? Ya lo sé. Pero, ¿no era más sadio lo de la Albufera, en viaseras del viaje del rey, y lo hice y me embolsí una porción de miles de pesetas? ¡Pero, señores: si yo, así, haciéndome el rico y el moral, soy una especialidad para los negocios! ¡Si pecar dinero es mi monomanía! ¡Si soy capaz de coger en el aire una peseta que paze por teléfono!

Lo malo es que eso del recibo me ha salido rana. Resulta que D. Gaspar conservaba, por casualidad todas las pruebas de que aquellas 12.000 pesetas fueron comprendidas en la liquidación que se me hizo, y me ha invitado á acudir á los tribunales, para eszarme allí por estafador. ¡La... porra acudiré yo al Juzgado!

Pero, si lo no obsta para que yo diga en mi Radical, que en EL PUEBLO me han saqueado, que Blasco me ha robado, y que su padre me debe 12.000 pesetas. ¡Yo soy así!

En cuanto á mi conducta, con relación á los demás partidos y á los demás periódicos de Valencia, mi pasado responde de mi futuro. Estando en EL PUEBLO, la emprendí contra el doctor Moliner; me ensañé; le injurié; le pegué. Me divertí insultándole y haciendo chistes á su costa. El era malo de veras, pero yo era y soy más malo que él. Luego, cuando oí que sus querelias pedían ser un obstáculo para mi acts, le mendugué perdón. Y después, después, he dicho que Blasco es quien le injurió y yo un infeliz inocente.

Insulté á Llagaria en un artículo, y cuando éste me requirió, apresuréme temblando á excusarme y dije que me había referido á Ibáñez Rizo, porque éste no me inspiraba cuidado. Como mi erudición es tan superficial, cometí una plancha al hablar de Zola, y porque "El Mercantil" me la pesó la empreza contra Paris Mora, le insulté groseramente, le acusé. Blasco intervino; y con un artículo admirable, me salvó del aprieto, solucionando la polémica. Pero yo, incorregible, seguí acosando. Al fin, Paris Mora me envió padrinos. ¡Qué susto! Procuré rehuir el lance. No había medio. ¿No? ¡Pues todo antes que batirme! Me entregué á la policía. Dos veces me hice prender. Finalmente y lleno de vilipendio y de terror, empujado casi á puntapiés, fui al desfiladero. ¡Apartemos de la imaginación aquel recuerdo horrible que me trae á la memoria la pesadilla de cuando tuvieron que eszarme materialmente, en Madrid, para conducirme al lance con Blasco Ibáñez...!

Pero... ¡ejem, ejem! Soy un valiente ¡Soy Cid Rodrigo de Aldamar!

Era alcalde de Valencia, un señor dignísimo, D. José Montesinos Checa, conservador. No quiso prestarse el día del escrutinio de las elecciones municipales, á realizar un villano robo de actas; no quiso autorizar que, para que tal robo se perpetrase, la Guardia civil tuviera que fusilar al pueblo. Pero yo si que lo quería, para reventar á los blasquistas. Y arremetí contra Montesinos Checa; le insulté brutal y soezmente; dije en "El Radical", las señas de su domicilio, y excité á mis turbas para que le asesinasen.

Necesitaba injuriar á los conejeales blasquistas, y como me encontré al paso al alcalde de los liberales D. José Igual, injurié y calumnié groseramente á Igual.

Cruel otro día que el jefe de los liberales D. Manuel Sapiña no se prestaba á servir mi capricho; é insulté á Sapiña, y le amenacé, y dije donde vivía, y hablé de sangre y de incendio.

Otro día, al notar que mi "Radical", no había hecho campaña á favor de los huelguistas del puerto, quise salvar el lapsus de una pluma, é insulté de manera tremenda y amenacé al jefe de los conservadores D. Antonio Lázaro.

Me disgustó que los periodistas valencianos correspondientes de periódicos de Madrid, telegrafiasen la verdad de los sucesos de Valencia; y yo que no he telegrafiado más que mentiras toda mi vida, les insulté y les atemorí enviándoles mi cuadrilla de matones para que se les impusieran.

Me molestaba ahora la competencia del candidato monárquico D. Tomás Tréner, y he insultado al Sr. Tréner y al Sr. Llagaria y á cuantos le ayuden.

Si hablamos de gratitud y de formalidad, ¿qué he de decir?

Me hizo Blasco figura republicana; me hizo diputado; me otorgó un cariño fraternal; me consintió cuanto me dió la gana. Y le pagué asentándole en su propio periódico una puñalada trampa; injuriando á su padre, á su esposa, á sus hijos, á sus amigos, á cuantos le han rodeado; publicando sus cartas íntimas; ideando contra él las mayores infamias, no ya en la esfera de la vida pública, sino en la de la vida privada.

Me dieron sus votos los ligeros y los carlistas; me hicieron diputado sacrificando á Cepeda y los pagué promoviendo la algarada de la procesión para alibar á su Alcalde Polo; completé el pago el día de la Inmaculada, en olvidando el origen católico de mi acts, quise hacer la competencia á los anticlericales, quise ir más allá que ellos y fijé en mi redacción un cartel en que decía: "Unidos ante los reaccionarios."

Hice un pacto con Moliner, con aquel Moliner tan injuriado por mí. (¡Soy muy desvergonzado!) Convinimos en que mis partidarios votasen á Soriano-Moliner y los suyos á Moliner-Soriano. Ellos lo hicieron así; los míos, cumpliendo mis órdenes, me votaron á palo seco. Yo fui diputado y él se quedó... mirando á la bóveda celeste.

Me dieron muchos votos los canalejistas, sobre todo en el puerto. Cooperaron de manera considerable á mi triunfo, porque yo había hecho creer que era un víctima de Blasco. Y les he pagado insultando á Canalejas y burlándome de Llagaria cuando me echó en cara mi ingratitude. Por cierto que esto me sirvió para hacer otro de mis más ingeniosos chistes ó zuzaves discretos: llamé á Llagaria "Mil hombres!" ¡Si será pillín!

A todo el que me favoreció le correspondí de la misma manera.

Abi tenía á grandes resgos mi brillante historia.

Llegan las elecciones. Viendo malpaysa la cosa en Valencia, he hecho una carrera por

España, á ver si podía enseñar á algún pueblo. En todas partes me han dado los republicanos con la puerta en las narices, y no me las han aplastado por su escaso resalte. En todas partes me han despreciado los monárquicos y ni como instrumento me han querido.

Para que no me matasen, he tenido que hacer encomio de Salmerón, los de la Unión Republicana, y elogios de Blasco Ibáñez. Yo... yo... yo... he elogiado hace muy pocos días á Blasco. Y sin embargo... nada. ¡Ni agua!

En Barcelona me había salido un representante, aunque cojo; un tal Isart Bula, comunero, retrero ó excusadero de oficio; y el otro día, se presenta en un mitin y va el público y pide su cabeza. Ya véis qué tal ando de simpatías por allí.

De Madrid no hablemos. En Madrid, naturalmente, me conocen más que en ninguna parte, y me desprecian más.

El único refugio es Valencia. Esto es el único sitio en que he encontrado el número suficiente de despechados y de granujas para seguir sosteniéndome, aunque con vilipendio. Esta es la única ciudad que me soporta como político.

Ya sé yo que la pobre Valencia no tiene la culpa. Ya sé yo que la inmensa mayoría de los valencianos, me detesta y me desprecia. Ya sé yo que los sentimientos honrados de la capital se sublevan contra mí. Ya sé yo que los ofuscados que al principio me creyeron un víctima, hoy están convencidos de que soy un canalla.

De sobra sé que mis sorianistas son los expulsados de todos los partidos, y la hez de cárceles de Valencia. Ya sé yo que no hay personas y presidios. Ya sé yo que no hay persona decente que pueda sentir á mis preedimientes ni aceptar mi lenguaje, donde haya esposas é hijas honradas no puede entrar mi "Radical".

Pero es que las circunstancias y las pesonnes políticas, han formado aquí un río revuelto; tan revuelto, que una vez logró pescar un acts, y ahora, ¿quién sabe? Mis amigos me aseguran que puedo volver á pescarla.

Que soy impotente para deshacer el partido de Unión Republicana, lo sé. Que por lo tanto no sirvo ya como instrumento á carlistas, ligeros y monárquicos, lo sé y me parece que lo saben ellos también. (Que, por lo tanto, mi triunfo, no significa la derrota de la Unión Republicana, siempre que ésta siga sacando triunfantes sus candidaturas, es indudable. Que el salir yo otra vez diputado solo significa perturbación, daño y vergüenza para Valencia, peligros para el vecindario pacífico y baldón para la prensa, esto nadie lo podrá dudar.)

Sin embargo ¿qué queréis que haga yo? ¿Qué queréis que diga? ¿Por donde pegará?

Si me marcho y renuncio á la candidatura, ó me arrastran los míos y los de la cuadrilla á quienes he comprometido, ó tengo que escapar de España.

Prefero sostener mi candidatura y... Dios dirá.

En este trance difísimimo, cambiar de lenguaje en "El Radical" no puedo; ¿qué diría si no escribiese porquerías? César en las calumnias y en las infamias, ¿cómo? Mi Radical tendría que aparecer en blanco. Atacar á los monárquicos... ¡no faltaba más! ¿Cómo les he de atacar, si les estoy mendigando los votos!

No tengo más remedio que seguir insultando á la Unión Republicana. Hacerme el terrible aunque la camisa no me toque al cuerpo. Amenazar, provocar, ser más canalla, más soez, más brutal, más salvaje que nunca, porque mi gente es de tal calidad que necesita todo eso para galvanizarse; y aun así, cuando me encuentro en peligro, me han dejado siempre solo, y si no me han matado los blasquistas en distintas ocasiones es porque no son asesinos, porque no se pearecen á mí. ¡A merced de ellos me dejaron varias veces mis matones, y todavía recuerdo con terror cómo me quedé, cómo me abandonaron el día de la llegada de los federales! ¡Ah, si en vez de ser blasquistas los que me tuvieron en su poder hubieran sido sorianistas!

Pues bien: el caso es que el horizonte se me presenta más negro que mi alma.

Me languesco ha llegado á indignar hasta á mis propios correliionarios, que se ven obligados á ocultar "El Radical" y ha impedido que lo lean sus mujeres y sus hijas.

Se me quejan. ¿Y qué he de hacer yo? ¿Cómo retroceder?

No tengo otro remedio que, acordándome de mis tiempos de Luis, hacerme el hipócrita, verter unas lagrimitas de cocodrilo y dirigirme á los míos y á los ajenos, diciendo á todos:

Perdonadme. Yo ya sé que escribir así y hacer lo que hago es una vergüenza. Pero dejadme una temporada de tregua. Estoy concluyendo de aplastar á la Unión Republicana (gracias). Estoy acabando de pulverizar á los blasquistas. En esta tarea necesito ser canalla. ¡Permitidme ser canalla unos días más! Votadme y hacédmela otra vez diputado y yo os prometo después ser buen chico, no faltarme á nadie y hasta ir á misa si es preciso.

¿Qué de todos modos triunfarán Blasco y Pallarés? ¿Qué hará entonces? Bueno, buenc; dejaos estar de impertinencias. Lo que yo digo es que me defestis con mi lenguaje y con mis calumnias unos días más, y después... (lo mismo que antes)

De la formalidad de esta promesa mis, responde mi historia. Del porvenir que os ofrezco, responden mi pasado y mi presente.

¡Adios de mi sinceridad y de mi conducta! ¡Adios á Cishnero, á Duaidé, al Chato el Raimero, á Manuel Taroncher, al Salelles, al Barquillero, á Márquez, á Ravachol, á Cándido Herrero, al Carabaca, á Sixto Barata... ¿Queréis más? ¿No bastan esas personalidades





